



La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS

PORRITA COMPONTE

La noticia de que seña Juana iba á contar un cuento corrió con la rapidez de una chispa eléctrica, y cuanto chiquillo pelon rompía calzones y lucía churretes en cuatro calles á la redonda, acudió presuroso al Corral de los Chicharos, domicilio de la vieja. Esta, sentada en el poyo de la puerta, vió venir la granizada con vanidosa sonrisa, paseó una mirada satisfactoria por el inquieto auditorio, rascóse dos veces con la aguja de hacer calceta, y poniendo de nuevo sus dedos en movimiento comenzó así:

—Pues señor, que era vez y vez, y el bien que viniere para mí se quede y el mal para quien lo fuere á buscar, de un hortelano más pobre que las ratas, y con peor estrella que un sietemesino; si sembraba melones, cogía pepinos; si plantaba lechugas, le nacían pitas; si llega á sembrar monedillas de cinco duros, le salen ochavos roñosos, y si deja el oficio y se mete á sombrerero, á buen seguro está que nacen los chiquillos sin cabeza. Porque hay un santo en el cielo, que se llama San Guilindon, que solo tiene por oficio bailar delante del trono de su Divina Magestad, diciendo á gritos: —¡Dénle más! ¡Dénle más!—Y cate usted ahí por qué una desgracia no viene nunca sola, ni una fortuna tampoco: sino que vienen muchas en hilera, como los mulos de reata.

Pues vamos á que cuando llegaron las aguas de mayo, parecía la huerta un campo santo, lleno de malvas y ortigas: solo había metido en medio una col, que regaba la hortelana con agua bendita. Los pimientos se secaron, los tomates se perdieron, á las lechugas les entró el pulgon, y solo la col metía, metía sin vergüenza, hasta que pasó la tapia, llegó al tejado, subió más alta que el campanario, se perdió por último en las nubes, y el viernes antes de San Juan, tocaba ya con la puntita en la puerta del cielo.

Pues señor, que de tanta diet, le llegaron á salir al hortelano te...

en el gañote de no usarlo, y la hortelana tenía ya las muelas *mojosas*, y hasta se le había olvidado el modo de mascar: á él se le paseaban los ratones por los bolsillos, y cuando ella cogía en una mano la escoba y en la otra la alcuza, le preguntaban las vecinas:

—Pero Andrea: ¿estamos de mu uza?

Llegó al fin un día en que se cumplieron veinticuatro horas, sin que aquellos infelices cataran la gracia de Dios, y el hortelano mandó á su muger que arrancara la col, y le hiciera un guiso con los tronchitos de la punta. Señá Andrea puso el grito en el cielo, y se agarró á la col, que no la arrancaba de allí ni las tenazas de Nicodemo; porque pensar en tocarle á su col, era tocarle á ella en las mismas niñas de sus ojos. Pero hijo de mi alma, para fiestas estaba la zorra, y llevaba el jopo ardiendo...

El marido cogió una vara, y le dijo que cabeza abajo la colgaria de una penca si á las doce en punto no estaba hecho el guiso, y ellos comiendo, para alcanzar la bendición del Padre Santo de Roma, que todos los días la dá á la campanada de las doce, ni minuto más ni minuto menos. Señá Andrea no tuvo más remedio que meterse la lengua en un zapato, y coger un acha pa echar abajo la col: vió entonces que llegaba ya al cielo, y se le ocurrió de pronto subirse por ella, y pedirle á S. Pedro una limosnita.

Aquello fué lo de melon quiero, tajada en mano tengo; porque pensándolo estaba todavía, y ya iba trepa que trepa, por la col arriba, de penca en penca, hasta que llegó al cielo. No se usan por allí campanillas, y así llamó—¡trás! ¡trás!—con los dedos de la mano. Abrióse el postiguello de la puerta, y asomó San Pedro la cabeza.

—¿Qué se ofrece?—preguntó.

La seña Andrea comenzó á temblar al verse delante de aquel señor tan respetuoso, y dijo con mucha política:

—Aunque usted me perdone, señó San Pedro, soy una pobre infeliz que no tiene que comer, y venia á que su mercé me hiciera la caridad de una limosna, por el amor de Dios.

San Pedro cerró de golpe el postiguello sin decir palabra, y como no hay buen alma que deje fea la palabra de Dios que el pobre empeña, volvió á poco cargado con una mesita, que entregó á seña Andrea diciendo:

—Toma, hija, esta mesita, y cuando tengas hambre dí: ¡Mesita componte!

—¡Dios se lo pague á usted y se lo aumente de gloria!—contestó seña Andrea echando á correr de penca en penca, hasta que llegó al suelo,

Como las mujeres semos tan curiosas, no tuvo paciencia para esperar la vuelta de su marido, y conforme soltó la mesa en el corral dijo:

—¡Mesita componte!

¡Hijo de mi alma, aquello era menester verlo pa creerlo!.... Porque no bien lo hubo dicho, apareció en la mesa una comida, que ni en los manteles del rey se pone igual: allí había pollos con tomate, y arroz con conejo, y sardinas fritas, y bacalao en blanco, y de postres arrope, y arroz con leche, y garbanzos tostaos. Cuando llegó el hortelano se dieron ambos á dos una atraquina que con el dedo se lo tocaban, y todos los días diarios se ponían hasta reventar, que era menester silbarles para que pararan, sin más trabajos ni más guiso que soltar la palabrilla.

—¡Mesita componte!

Pues vamos á que pasaron así dos meses, poniéndose marido y mujer como chivos de dos madres, y al cabo de éstos, díele un día el hortelano á seña Andrea:

—Mira Andrea: no es regular que quien come también como nosotros comemos, esté, como el que dice, con un trapito atrás y otro alante, sin poder asomar los bigotes á la calle... De manera y ello es, que ahora mismo te subes por la col arriba, y le pides á San Pedro siete onzas, para mercar un traje de paño fino y una saya de alepin negro.

La mujer se resistió algún tiempo, hasta que de penca en penca, se encampó otra vez en el cielo. Estaba San Pedro sentado á la puerta tomando el sol, y leyendo los papeles.

—¡Otra te pego!—exclamó al ver a...

parecer á la hortelana.

—No se incomode su mercé,—repliqué muy humildita señá Andrea: que venia á ver si me emprestaba siete onzas, aunque fuese á dita, para mercar un traje de paño fino y una saya de alepin negro; porque el invierno se viene encima, y no es rigular que nos coja encuerecitos.

San Pedro la miró por encima de las gafas, y se metió para adentro: á poco salió con una bolsa vacía.

—¡Toma, Mari-pidona,—le dijo; y cuando tengas apuros, di: ¡Bolsita componte!

—Dios se lo pague á usted y se lo...

—Anda, anda con viento fresco... que por su mal le salieron alas á la hormiga,—le contestó San Pedro con mucha soflama.

Señá Andrea echó á correr por la col abajo como alma que lleva el demonio, que no era otra cosa su avaricia, y en union de su marido, que al pié de la col la esperaba, dijeron á la bolsa:

—¡Bolsita componte!... Acto continuo comienzan á caer por la boca afuera pesos duros y más pesos duros, ni más ni menos que cuando llueve á chaparrones.

Marido y mujer creyeron perder el juicio, y lo perdieron en efecto, porque al otro día ya tenía hecho señá Andrea un vestido de tisú de oro como el manto de la Virgen del Carmen, y señó Juan una levita con flecos de oro y plata, un baston con borlas como el que saca el alcalde por Corpus Christi, y un sombrero de copalta con siete plumas blancas. Compraron la casa del Ayuntamiento para vivir ellos solos, la forraron toda de papel dorado, y hasta las aljofas eran de terciopelo, y los estropajos de hilillo de plata. Conforme llegó el domingo, se fueron los dos muy pomposos á misa, en una calesa que mandaron venir de Chiclana: cuando iban llegando á la Iglesia, dícele el marido á la mujer:

—Andrea... ¿No repican las campanas?

—Creo que no, Juan.

Juan se puso color de pajueta de pura envidia que lo roía, y dijo:

—Pues bien repican cuando viene el Obispo.

Al salir de la Iglesia empezaron marido y mujer á tirar ochavos á los chiquillos, como cuando hay padrino pelon en los bautizos; pero como salta al ojo que los pináculos han comido con cucharas de palo, bien pronto los calaron

los chiquillos, y conforme recogían los ochavos, eehaban á correr gritando:

Doña Andrea Estropajo,

Hoy está boca-arriba

Ayer iba boca-abajo.

A señá Andrea se le freía la sangre en el cuerpo, y no bien llegó á su casa, se puso á escribir una carta á la Reina, para que mandase ahorcar á todos los chiquillos del pueblo, pero su marido la llamó aparte y le dijo:

—Mira Andrea: no es rigular que cuando va el Obispo á la Iglesia le repiquen las campanas, y cuando vamos nosotros que somos gente de tantos miles, no toquen ni un mala campanilla... De manera y ello es, que ahora mismo te subes por la col, y le cuentas á San Pedro lo que pasa, para que ponga remedio; porque lo que es á mi, ni el Sr. Obispo me echa delante la pata.

Señá Andrea no se hizo repetir la cartilla, y comienza á trepar col arriba hecha un toro de fuego, que solo con el aliento levantaba chichones. Se pone delante de San Pedro con más fichenada que un rey de palo, y le pide que mande ahorcar al Cura, al sacristan y al monaguillo, si no le repican las campanas como al Sr. Obispo.

San Pedro se metió la mano en la faltriquera sin decir palabra, y sacó una porrita como de un palmo de largo, ni más ni menos que el badajo de una campana.

—Toma esta porrita,—le dijo; y si no repican el domingo cuando vayais á misa, dí: ¡Porrita componte!

Llegó el domingo despues del sábado sin priesa ninguna, y marido y mujer se meten en su calesa, y se van para la Iglesia con más planta que la reina de Egipto; pero las campanas no repicaban... Á señá Andrea le da un brinco en el cuerpo la soberbia, saca la porrita, la levanta en alto, y dice hecha un torillo, joseco:

—¡¡Porrita componte!!

¡Nunca lo hubiera dicho, cristianos!.. Porqué empieza la porrita á brincar en el aire, dando coscorrones de la cabeza del marido á la de la mujer, y de la de la mujer á la del marido, si parar de repicarles en la moyera, hasta dejarlos espachurrados en la misma puerta de la Iglesia. Lo cual fué castigo de su ambicion, su codicia y su soberbia; porque aquella porrita no era otra cosa que la Justicia de Dios, y ella es la que manda su Divina Majestad de cuando en cuando á la tierra para zurrarle la pavana á los hombres. Porque, como decía mi

abuela, que esté en gloria, cuando era yo zagalilla, Dios ni come ni bebe; pero juzga lo que ve.

Y aquí se acabó mi cuento con pan y pimiento; y el que quiera saber más, que compre un viejo.

Luis Coloma. S. J.

EL PORQUÉ DE LAS PENAS

—Nada D. Cosme; el hombre es el más desgraciado de los enfermos; porque es un enfermo que no quiere curarse por no tragar las pildoras de la adversidad, que son las que le receta el médico celestial llamado á devolverle la salud.

—¿Y usted cree que es necesaria la adversidad para curar al hombre?

—Como creo que es necesaria la quinina para curar las tercianas.

—¿Y porqué?

—Porque siendo toda enfermedad un desorden introducido en la naturaleza, es preciso hacerse siempre alguna violencia para que las cosas vuelvan á su lugar.

—¿Y qué deduce usted de aquí?

—Que si sucede esto en el cuerpo tambien sucederá en el alma; y que así se explica porqué el iracundo necesita que le salga un zapato á su medida para agüchar los humos; y el sensual que la enfermedad lo añija para apartarse de sus lujurias, y el perezoso que la miseria lo espolee y le sacuda la galvana; y el avaro que lo atosiguen las penas para sanar de su codicia, y el vanidoso que le chafen la guitarra para que se le agache el orgullo.

—Pero ¿estas pasiones no son naturales en el hombre? ¿No es natural que el hombre apetezca el dinero que le proporciona el bienestar, y los placeres que dan expansion á su espíritu y...

—Si; como tambien es natural el comer, y sin embargo del comer viene la indigestion y despues tiene que venir la dieta. Desengáñese usted D. Cosme, desde que Adan y Eva comieron manzanas, toda su descendencia quedó enferma y tiene que purgarse. Este es el secreto de las penas. El hombre no puede ser feliz sin gozar de salud y no puede tener salud sin curar sus enfermedades y no puede curar sus enfermedades sin adietarse hasta en los goces más legítimos y sin tragar las amargas medicinas que le envia el médico divino, único que puede sanarle. De aquí el remedio de la penitencia cristiana y la

dieta de la mortificación que tanto ha-
ce reír á los *sabios* de hoy.

—De manera que usted es de los que
opinan que el pádecir es la puerta del
gozar?

—Justamente: lo ha dicho usted de un
modo admirable. El padecer es la puer-
ta del gozar. Ahí está el *quid* de toda la
filosofía de la vida: ¡desdichado aquel
que no la aprenda.

Y si no que lo diga el estudiante que
por no sacrificar sus placeres en aras
del libro, se ve privado del goce de una
carrera.

Y el padre de familia que por no
sugetarse al trabajo, se ve privado del
pan de sus hijos.

Y el obrero que por no dejar la ta-
berna, se ve privado de paz y de salud.
Y en una palabra: que lo digan todos
los hombres habidos y por haber, que
por no sembrar á tiempo la semilla del
sacrificio, se ven privados del fruto de
la felicidad.

—Habla usted como un libro, amigo
mio; pero... aun pregunto yo: ¿no habrá
en eso algun error? porque, francamente
si en esto se equivocara uno, habría he-
cho un negocio desdichado.

—D. Cosme, no tenga usted miedo;
en este punto no hay que temer la er-
rata.

—¿Por qué?

—Porque aunque no aceptemos la
teoría, de todos modos en la *práctica*
tenemos que tragar las pildoras. Por
consiguiente, más vale tragar las penas
con paciencia, que no patear como
un condenado por escupirlas de la bo-
ca, exponiéndonos á quedarnos con
el mal gusto y con la enfermedad.

—Comprendo que en todo esto hay
algo de verdad pero... ¿qué quiere us-
ted? quisiera yo tambien oír otras opi-
niones.

—No hay inconveniente: allá va una
que no pecará de tonta. Allá va la de
uno de los hombres de más genio que
ha tenido España; la de Fr. Luis de
Leon.

“No está la buena dicha del hombre en lo
próspero: la adversidad es la que de ordina-
rio le hace feliz... Ni conviene que nos ale-
gremos con los buenos sucesos, ni que nos
angustiemos con los malos. Antes al reves, el
buen suceso, y la buena dicha, y el responder
y obedecer á nuestro gusto las cosas, habia
de oriar recelos en nosotros. Porque además
de que el buen día siempre hace la cama al
malo y es su vigilia; eso mismo que llama-
mos feliz, es peligroso mucho, y ocasionado
á mil males. La felicidad naturalmente de-
trama el corazón con alegría, y oria en él

confianza: y de la alegría y de la confianza
por órden natural nace el descuido, y al des-
cuido se le sigue la soberbia, y el desprecio
de otros, y los errores y faltas. Y quien posee
muchos bienes, con el gusto se sujeta
á ellos, y así comienza á servir á lo que ha-
bia de mandar y regir; y de ser rico y dicho-
so viene á ser esclavo y á ser miserable. Más
la adversidad y el trabajo, además del pre-
mio que merece por sí, si bien se mira es
apetecible y es dulce. Porque ¿quién no gus-
ta de caminar hácia el bien, y de procurar su
salud, y de salir de deudas y de que no se
encanceren y hagan incurables sus llagas?
Pues todo esto son efectos buenos de lo que
se llama adversidad. La cual, sin duda,
preserva nuestra vida de corrupcion, y es
propiamente su sal, y desarraiga el alma
del amor de la tierra que nos envilece, y la
desapega y como desteta de su pegajosa ba-
jeza, y nos allana y facilita el salir de esta
vida, y cria en el ánimo no solamente des-
amor de ella, sino tambien un desprecio jun-
to con una alteza y gravedad celestial. Por-
que el ser combatido cada día de males, y el
hacerles cada día cara y vencerlos, le acos-
tumbra á ser vencedor; y por el mismo caso
le hace grande y señor y valeroso y altísimo
hasta tocar las estrellas. Y si los que esqui-
van la adversidad entendiesen el bien que
en ella se encierra, como algunos que han he-
cho de ello experiencia lo entienden, no só-
lo no la huirían; si no que harían plegarias
y promesas á Dios porque se la enviase á
sus casas... Que la adversidad es camino
seguido y trillado por todos los amigos
de Dios: y no hay prado florido, ni vergel cul-
tivado con diligencia, á do se vean tantas
diferencias de flores, cuantos géneros de per-
sonas florecen hermoeados de virtudes en
esta aspereza de la adversidad y trabajos.
Que el placer de los flacos es, y la abundan-
cia de bienes de los que son para poco, y el
gusto y el suceso bueno á los que no nacieron
para virtudes heroicas les vienen. Lo alto, lo
ilustre, lo rico, lo glorioso, lo admirable y
divino siempre se forjó en esta fragua.”

—¿Qué tal D. Cosme? ¿qué le parece
á usted la opinion del poeta español?

—Hombre, efectivamente; trata el
asunto con maestria. Sin embargo aun
desearia yo más explicaciones.

—Pues allá van: vea usted si le gus-
tan á usted las que dá otro autor que
voy á citarle. (1)

Á medida que voy adelantando en edad,
veo mejor que las almas sufren, y mejor sien-
to que, en virtud no sé de qué misterio, les
conviene sufrir. El dolor es quien salvó al
mundo pagano. Y él es quien salva igual-
mente hoy á las gentes del mundo. Les impi-
de andar enteramente á ciegas y endurecer-
se con los negocios de la vida. Presta ternu-
ra á su corazón; les mantiene en la dulzura
y en la bondad y les predica cuando ya nadie

(1) Mr. Bougeud.—Religion é Intelligencia.

se atreve á ello. He ahí porqué, en la hora
de la muerte, se admira uno de la facilidad
con que se vuelven á Dios.

Un día preguntaba yo á un anciano.
—¿Por qué ha de haber dolores en el
mundo, siendo Dios tan bueno?

Y me contestó.

—Pues hijomio, precisamente porque es
bueno.

Sentí tentaciones de incomodarme, pero
hoy ya no me sublevo; y digo que si.

De otro modo, seriais pues cruel, ¡oh! Dios
mio! Vos habéis creado al hombre; es hijo
vuestro; le amais: (pues sino, por qué le ha-
briais creado?) Además, sois grande, inmenso,
infinito. El hombre es débil; no es más que un
soplo. ¿Cómo es posible que Vos os compla-
ciérais en aplastarle? Pensar esto además
de ser una blasfemia seria un absurdo; luego
es evidente que las penas son un mal *apa-
rente* que Dios nos envia para curarnos ma-
les verdaderos: ó lo que es lo mismo; que
son un verdadero bien.

Oigo á los mundanos que se rebelan ante
esta declaracion y que por no oirla se tapan
los oídos.

¡Están locos!

¿Qué tiene de particular que Dios que es
nuestro Padre, nos envíe las penas para cu-
rarnos?

¿No se puede voluntariamente, con delibe-
rado propósito, hacer sufrir á una persona
tiernamente amada? Y aun en determinadas
circunstancias? no se la puede hacer sufrir
tanto más, cuanto más amada sea?

Ahí está la cuestion.

Ved á un niño que se halla jugando al bor-
de un abismo; pretende coger una flor, per-
seguir una mariposa. Se inclina y va á caer;
de repente dos brazos le sujetan con violen-
cia, con tanta mayor violencia cuanto mayor
es su ternura. Grita, sufre; ¿de dónde proce-
de ese pesar? Manifiestamente del corazón y
del amor de su madre.

Ved ese otro niño. Juega con un cuchillo;
á punto está de herirse. Llega su padre ri-
ñéndole, le arrebató el cuchillo, á veces con
violencia, y aun le castiga, para que no lo
repita. El niño llora y secretamente acusa á
su padre. Pero no tiene razon, y más adelan-
te habrá de comprenderlo.

Otro ejemplo: Ved á un niño enfermo. Su
madre le toma en brazos y ella misma lo
presenta al cuchillo del cirujano. Grita el ni-
ño; rechaza al medico; siente ganas de pe-
garle á su madre. ¿Se dirá que la madre es
cruel? Podrá decirlo el niño en un acceso de
dolor. Pero yo, que miro las cosas de más al-
to, compadezco, ¿á quién? ¿al niño? sí, pero
todavía más á la madre. Sé que el corazón
que aquí sufre más, es el suyo.

Esto que es tan hermoso en la tierra, que es
tan luminoso cuando se lo estudia en las en-
trañas de la paternidad, ponédlo en Dios, y
comenzad á entender! ¡Oh! no hay duda que,
si no creéis en Dios, si no sabeis que hemos
sido criados para él, y que estamos en ca-
mino para llegar á gozarle; si considerais es-

te mundo como un campo cerrado en donde luchan fuerzas fatales, el dolor no tiene explicacion. Sereis aplastados y os voréis abrumados; ¿qué queréis que os diga? ¿Qué haríais con coger un enfermedad? ¿Por qué dejaríais á vuestro hijo bajo las ruedas de ese carro? No hay más que devorar en silencio vuestra pena, sin importunar con vuestros ayes á un cielo que está vacío, y á hombres que nada pueden en vuestro favor. El castigo de vivir sin Dios, consiste en sufrir sin consuelo.

Pero abandonad ese obscuro pasillo, salid de ese antro. Poneos al airé puro y al claro de dia de la Religion y de la razon. Creed en Dios; en un Dios sabio, poderoso y bueno; en un Dios que ha creado para sí á los hombres que los puso un momento en el tiempo para que se hagan dignos de la eternidad; para que su entendimiento, su corazon, su personalidad y su amor les pertenezcan, sean obra suya. En un Dios que mientras los hombres, hijos suyos, trabajan en esa grande obra, vela por ellos, les ayuda, aparta de ellos los peligros, los anima y levanta, para que crucen la tierra sin detenerse en ella, el mundo sin encerrarse, sin degradarse, sin corromperse en él; creed eso, y comenzareis á entrever con divina luz, de donde procede el dolor y porque Dios lo permite.

—Hombre, efectivamente; parece que ya voy viendo el negocio más claro.

—Pues siga usted atendiendo, amigo D. Cosme y aun lo verá usted más.

Continua el mismo autor.

El dolor no es más que una divina curacion. Á los *porqués* del alma doliente, la Religion no ofrece sino una respuesta, pero tierna y consoladora. Dice al hombre: ¡Oh! hombre, has sido creado para Dios. Si, pues, hubieras tenido valor suficiente para cruzar por este triste mundo sin engolfarte en él, y un ímpetu del corazon suficientemente vigoroso, un movimiento amoroso bastante capaz de llevarte hasta Dios á través del velo de las criaturas, el dolor no habria existido nunca. El dolor no fué creado más que para suplir á los desfallecimientos de tu amor.

En el principio, efectivamente, bajo los árboles del Edén, solo el amor existia, y con el amor bastaba. Lo que el dolor hace hoy, hacíalo entonces y con gran ventaja el amor. El dolor ilumina, el dolor purifica, el dolor desprende de lo pasajero; el dolor levanta el corazon á lo alto. Mas todo eso, lo hace el amor, más pronto y con mayor perfeccion. Si no hubiese caido bajo las sombras del paraíso; si, en lugar de esa leve chispa que de él nos queda, hubiésemos conservado la viva llama del amor primitivo, el dolor no habria existido nunca.

El amor, pues, es la primera razon del dolor. Hemos sido criados por y para el grande amor y por desdicha nos olvidamos de eso. Creados para Dios, nos engolfamos en las cosas temporales. Nos hacemos un nido en la

tierra, al abrigo de los vientos y de la escarcha, dentro del cual quisiéramos adormecernos en la dicha, en el cual nos imaginamos eterna juventud, y en donde la perfeccion consistiria en no morir nunca. Pues bien, sobre ese estrecho nido en el cual olvidamos la eternidad, de vez en cuando Dios agita el dolor á manera de antorcha.

Mas, ¿quién podrá describir á Dios cuando se ve obligado á eso? ¿Y con qué delicadeza mide el golpe segun las necesidades? Por lo regular, toca apenas en un punto doloroso. Es un sueño que se disipa, una ilusion que huye. Un amigo que nos olvida, un corazon amado que se torna frio. Sin querer levantamos los ojos más alto; y decimos: ¡Oh! ¡Dios mio, solo vos no pasáis!

Á veces los golpes multiplicanse. Trueno Dios sobre nuestras cabezas; es como si retumbase el trueno; pero, en esto, sobre todo, ¿quién podrá narrar las ternuras divinas? La madre que ofrece su hijo al cuchillo del cirujano, le colma de caricias; le cubre de besos, antes, durante y despues de la operacion. Pálida imágen de lo que acontece en las almas. Cuando la espada penetra hasta la empuñadura, ocurre á menudo tal desprendimiento de luz; y en el fondo del dolor extremo no sé qué exquisito gozo, y de tal manera hasta entonces desconocido, que el alma, aun la más alejada de Dios, reconoce su mano y se vuelve para besarla.

¡Bendito sea Dios!

VARIETADES

¡Los cabellos de punta!

Gabriela Bompard es una bribona de marca mayor, cuya *briboneria* ha llamado la atencion de Europa; es la criminal de moda. Despues de haber cooperado al asesinato de su marido que era un pobre escribano llamado Gouffé; ayudó á meter el cadáver en un cofre; colocó este bajo de una cama y se tumbó despues tranquilamente en ella pasando la noche como la propia rosa.

Pues bien, esta prima hermana de Pancha-ampla y Sacamantecas, acaba de hacer un viaje de *recreo* acompañada de la policia francesa que la condujo á Lyon á no se que diligencias; y he aquí lo que sobre ese viaje, escribe ella misma á una persona interesada.

“Mi viaje á Lyon, lo mismo á la ida que á la vuelta, ha sido una verdadera marcha triunfal; no te puedes imaginar cuanto hombre rendido y cuanta mujer envidiosa he encontrado.

“En algunas, era tan grande el afán de estrechar mi mano y de saludarme que se disputaban los sitios á puñetazo limpio, y muchos me arrojaban al coche flores.”

¡Habrà baja!za!

Pero nada de esto nos estraña porque hace pocos años ocurrió en los Estados Unidos otro caso análogo con una gran ladrona que daba funciones teatrales para contar al público la historia de sus fechorias, y el entusiasmo del *ilustrado* público era tan gran-

de que la gente pagaba una cantidad respetable por oirla y concluida de la perorata la echaba flores y la daba á besar sus hijos.

¿Tiene ó no tiene motivos el Señor para levantarnos á palos del estiercol como á los caballos de mala casta?

Allá va un caballo

Mr. Greef, catedrático de la Universidad masónica de Bruselas mirándose sin duda al espejo, ha hecho un descubrimiento. El de que el hombre no es hijo de Dios, sino de la bestia.

He aquí las palabras con que este buen *mason* ha expectorado su descubrimiento en el hocico de sus discípulos.

“Al alejarnos cada vez más de lo absoluto y de lo divino, acercándonos á nuestros orígenes animales, hemos aprendido á conocernos tales como somos, hijos de la bestia y no de la divinidad.”

Este caballo debe ser hijo de la burra de Balaam, solo que al profetizar acocea.

LECTURAS POPULARES Cuentos Artículos y Diálogos DE BUEN HUMOR de A. C. y G. director de LA LECTURA POPULAR TERCERA COLECCION

ILUSTRADA CON BONITAS VIÑETAS POR
D. José María Suay

PRECIO UNA PESETA.

Los pedidos acompañados de su importe á la administracion de “La Semana Católica,” Bolsa 10 principal.—Madrid.

NOTA.—De la coleccion segunda quedan ejemplares; la primera está agotada.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una accion	4 pesetas mensuales.
Media id.	2
Un cuarto id.	1
Un octavo id.	0'50

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Bolsa 10. y en las demás librerías católicas.

ADVERTENCIA.

No se admiten libranzas de la últimamente creadas para el pago de suscripciones.